

El hombre, la hembra y el hambre* de Daína Chaviano o cuando la comida sale más cara que el hambre

El Hadji Amadou Ndoye
Université Cheikh Anta Diop

Resumo

Cuba, sua revolução, seus guerrilheiros e o combate popular contra o analfabetismo e subdesenvolvimento têm despertado uma onda de simpatia no estrangeiro. Daína Chaviano questiona essa onda de simpatia em *El hombre, la hembra y el hambre*. Ela levanta o véu que cobre os problemas encontrados pelos personagens que atuam como vítimas e carrascos. Uma fina ironia e uma linguagem grosseira descrevem uma realidade dura que o leitor descobre em uma abordagem crítica repleta de sátira e poesia.

Palavras chaves: Literatura - Revolução Cubana - Representações - Daína Chaviano

Resumen

Cuba, su revolución, sus guerrilleros y el combate popular contra el analfabetismo y el subdesarrollo han despertado una onda de simpatía internacional. Daina Chaviano cuestiona esa onda de simpatía en *El hombre, la hembra y el hambre*. Ella cuestiona los problemas encontrados por los personajes que actúan como víctimas y victimarios. Una fina ironía y un lenguaje grosero describen una dura realidad que el lector descubre en un abordaje crítico y lleno de sátira y poesía.

* Artigo recebido para publicação em junho de 2004

Palabras claves: Literatura - Revolución Cubana - Representaciones -
Daina Chaviano

Abstract

Cuba, its revolution, its guerilleros and the people's combat against illiteracy and underdevelopment have often triggered a lot of sympathy from abroad. Daína Chaviano questions the waves of sympathy. In *El hombre, la hembra y el hambre*, she lifts the veil which cover the problems encountered by characters who act as victims and executioners. A sharp irony and a coarse language depict a harsh reality the reader discovers through a critical approach replete with both derision and poetry.

Key words: Literature- Revolution Cubaine- Representations-Daina Chaviano

En cada ocasión, lo sabemos, fue el hombre comprado y vendido. Cada siglo tuvo su dinero, cada reino su hombre para comprar y vender por morabetinos, marcos de oro y plata, reales, doblas, cruzados, reis y doblones y florines de fuera.

José Saramago

Je suis le sinistre miroir ! Ou la triste mégère se regarde.

Baudelaire

¿Quedarse o huir ? ¿Putear o morir de hambre ? To be or not to be. La eterna disyuntiva.

Daina Chaviano

El que se acuerda que después de su revolución, los cubanos vencieron un mal tan pernicioso y extendido a través del mundo como el analfabetismo y dieron esos hombres tan sinceros y de conducta tan heroica como Camilo Cienfuegos, Frank País García

y otros, se sobrecoge cuando lee *El hombre, la hembra y el hambre* de Daína Chaviano. En esta novela, entre interpelaciones y reproches están denunciadas las lacras del régimen de Fidel Castro. Por medio de la irrisión, la sátira, estallan en palabras acusatorias el dolor íntimo y el dolor social. Este dolor es tanto más difícil de aguantar en sus distintas facetas cuanto que viene anunciado por una voz femenina que pone el dedo en una llaga que uno distaba de imaginar. A lo largo de la obra, los mismos temas se repiten, cristalizados en tristes sentencias e interrogaciones:

¿De qué nos sirvieron los tratados sobre arte, las discusiones sobre las escuelas filosóficas en tiempos de Pericles, las lecturas sobre los orígenes hegelianos del marxismo, las disquisiciones sobre el neoclásico, los paseos por La Habana Vieja para estudiar los edificios ante los cuales pasamos tantas veces sin darnos cuenta de que eran los más bellos ejemplos del barroco caribeño? ¿Para terminar en la cama con un tipo a cambio de comida? (CHAVIANO, 1998, p. 42-43).

Está cuidada la estructura de *El hombre, la hembra y el hambre*. La obra consta de dos bloques precedidos por un preludeo e integrados cada uno por tres partes (de 1 a 6) separadas por un *interludio*. Cada parte abarca ocho capítulos, y acaba en un “ensayo” que tiene una relación con la que precede y la que sigue. Esa organización, basada en simetrías y repeticiones tiene una relación íntima con la trama novelesca.

Los distintos personajes de *El hombre, la hembra y el hambre* presentan el régimen de Fidel Castro como el de las esperanzas frustradas, culminando el desengaño en la aparición de insuficiencias como la falta de libre expresión o la posibilidad de escoger a dirigentes propios:

No, decididamente era mejor cuando los seres humanos vivían en cuevas. Nadie te obligaba a votar en unas elecciones que, de cualquier modo, ya estaban decididas de antemano ni había que mantener altas las estadísticas de participación; ni había

que ir a las reuniones del comité y aplaudir, aunque uno no tuviera ganas (CHAVIANO, 1998, p. 52-53).

El lector de *El hombre, la hembra y el hambre* ignora la identidad de las primeras voces que llegan hasta él cuando abre el libro. En el preludio, una narradora se dirige a él en tercera persona. Luego lee un capítulo redactado en primera persona en un idioma vivo, impregnado de modismos, expresiones del lenguaje conversacional y hasta callejero, que le hace pensar que vive en un territorio preciso y particular:

Compadre, mira que hace tiempo (...) ¡Qué va, mi socio! No iba a poder con ese queme... Claudia es lo que me tiene reventao ahora (...) Yo creo que me amarró. Algún trabajito debió de hacerme (...) Porque eso sí, mucho estudio que tenía, mucha historia del arte y mucho marxismo, pero ésa era más espiritista que Allan Kardec. Así mismo como te lo cuento. Siempre estaba viendo cosas que nadie más veía (CHAVIANO, 1998, p. 15,16,17).

Quien acaba de expresarse es Rubén. Menciona un nombre importante, Claudia, centro y núcleo de la acción novelesca. El personaje sólo aparece *en carne y hueso* en el capítulo 2 de la primera "parte". Descubrimos a Claudia a través de un monólogo. Vendrán otros monólogos, alternarán unos capítulos con otros, unos comentando a veces otros.

¿Quién será Claudia? ¿Cómo la ven los demás personajes? ¿Cómo se sitúa frente al universo en que vive y del que forma parte? Rubén – se trata del personaje que acaba de hablar de ella en la cita precedente – nos ha dado una idea del mundo ideológico y cultural donde ella vive. Sobre Claudia hay distintos enfoques. Hombres y mujeres se fijan en sus rasgos físicos. Por lo visto, es encantadora. Ella llama la atención de Rubén cuando éste la ve por enésima vez. Toño, un compañero de Gilberto que tratará de conquistarla más tarde deja escapar su admiración en términos familiares cuando habla de Claudia, a cuyo cuerpo alude Georgina,

la vecina encargada de cuidar a su hijo David, cuando ella tiene que salir:

Y ella [Claudia] era más hermosa de lo que él [Rubén] recordara (...) Sissi me dijo que una amiga suya...- se interrumpió [Toño] al ver la mirada de Gilberto, y se apresuró a aclarar. - Es bonita, ¡un bombón ! Yo la he visto (...) Cada cual tiene que buscárselas como puede - bajó la voz - [Georgina]... Si yo tuviera tu edad y tu cuerpo, dejaba la escuela y me iba al Malecón (CHAVIANO, 1998, p. 20,35-36,219).

Quizás la verdadera Claudia sea la que le tiene amor a los libros, el arte, el mundo sobrenatural, el personaje capaz de ver lo que se esconde detrás de las apariencias. De esta Claudia habla Gilberto a quien su compañera ocasional hace descubrir un mundo cuya existencia él no sospechaba ni por asomo. Gracias a Claudia se ensancha el horizonte intelectual de Gilberto:

Gracias a ella [Claudia] volví a abrir mis entendederas (...) Ahora tuve que ponerme de lleno para las vanguardias, estudiarme los “ismos” y una pila de autores que no conocía ni de oídas. Ella me prestaba los libros (...) La verdad es que descubrí maravillas. Y mientras leía, sentía que el cerebro se me removía. Te lo juro (CHAVIANO, 1998, p. 134).

¿Y cómo se ve Claudia a sí misma? La Claudia que se asoma a los primeros renglones de la obra está a punto de perder su trabajo. Vive en la zozobra. Por ser desagradable la realidad que la rodea, ella inventa su propio “mundo”. Teatraliza su existencia, una existencia percibida como una realidad imaginada e imaginaria. La “verdadera” realidad está puesta en entredicho y con la complicidad de una narradora en tercera persona, ella camina por las calles de un mundo fantaseado:

Se hacía la idea de que no era ella quien vivía todo aquello. Sus fatigas eran, en realidad, parte de una película, porque ella era una actriz famosa a quien todos admiraban... Toda esa miseria

que la rodeaba, todas aquellas incomodidades, sinsabores y angustias, no eran ciertos ; sólo parte de un guión que algún día terminaría. Y ése era su juego preferido. Su perenne pasatiempo. Su última esperanza (CHAVIANO, 1998, p. 45).

Todo es pretexto para evadirse de una existencia traumatizante y degradadora: “Qué placer olvidarse del lugar donde una vive y hasta de como se vive” (CHAVIANO, 1998, p. 94).

¿Será posible olvidarse del lugar donde se vive? Las seis “partes” del libro de Daína Chaviano (1998) acaban por “ensayos” que empiezan todos con el mismo pronombre relativo. ¿Dónde vive la protagonista? “Donde nadie sabe a qué atenerse” (...) “Donde se ve que Dios también baila la rumba” (...) y “Donde todos los miedos se confunden”(CHAVIANO, 1998, p. 206, 296, 306).

En *El hombre, la hembra y el hambre*, el espacio aparece como lugar de proyección de ideas, sentimientos, estados de ánimo o deseos. Distintas estructuras espaciales facilitan dicha proyección. En la ciudad “referencial” de La Habana (representación de Cuba) donde se mueven los protagonistas, el lector nota que la narradora usa adverbios como “arriba” y “abajo”. Observa que espacios abiertos y espacios cerrados no desempeñan el mismo papel.

En *El hombre, la hembra y el hambre*, se ve claramente que en su propio país, los cubanos están considerados como ciudadanos de segunda categoría. Quienes tienen derecho a todos los favores y honores de la buena comida que concede el dinero son los extranjeros:

En esa heladería llegó a haber más de cincuenta sabores, pero todo eso pertenece a la prehistoria. Hoy apenas quedan cuatro o cinco para los cubanos, que tenemos que sentarnos abajo, en las mesitas al aire libre, porque los salones altos son para los extranjeros. Arriba la variedad es mayor, aunque nunca como en la edad de oro del helado cubano (CHAVIANO, 1998, p. 93).

El sitio donde Claudia vive es horrible, visto por su amiga Ursula, una monja que la va a visitar, es un lugar indecente y las palabras que lo describen hacen pensar en un cuadro naturalista. Olores, elementos de promiscuidad, falta de luz, aspecto exterior lleno de fealdad, todo tiende a dar del lugar una imagen sombría, generadora de sentimientos hostiles para con el régimen que permite que en tal desaliño vivan sus ciudadanos:

La penumbra del zaguán se le antojó más lóbrega que un claustro. En un convento, al menos, los jardines estaban cuidados y la limpieza reinaba en cada habitación, hasta el aire parecía más transparente. Pero en la sordidez de aquel solar la suciedad trepaba por las paredes sin que nadie se inmutara, las cucarachas eran dueñas y señoras, y el tufo que emanaba de los latones de basura colocados a la entrada penetraba hasta el patio lleno de tendederas de ropa, mientras niños y perros correteaban entre las sábanas puestas a secar (CHAVIANO, 1998, p. 171).

¡Qué contraste tan violento con la lujosa habitación bañada en un ambiente feérico de un hotel habanero en que un extranjero tema posesión del cuerpo de Claudia sin que ella parezca enterarse:

En otras circunstancias, tal vez se hubiera marchado de allí dignamente. Pero se sentía tan bien en aquel sitio tan lindo. Estaba alimentada, soñolienta, arropada en esta atmósfera helada donde los colores borraban la realidad gris de todos los días. Se abandonó al aliento que le quemaba el cuello (CHAVIANO, 1998, p. 148).

Un sitio destaca en *El hombre, la hembra y el hambre* por su polisemia: el Malecón. Sitio famoso de paseo para elegantes y enamorados en cierta época, aparece en la novela como un lugar de citas para amores voluntarios e involuntarios. En el Malecón, unas mujeres proponen su cuerpo a clientes y turistas. Los cubanos que quieren escapar de la isla pasan por el Malecón antes de salir.

Esta situación está en el origen de la creación de varias expresiones cuyo sentido queda por desentrañar. Así es como los cubanos van enriqueciendo un idioma cuya clave descansa entre sus propias manos, en función de sus propias circunstancias:

Claudia contemplaba la tarde desde el muro. Estaba tan deprimida que ni siquiera reparaba en los autos que desfilaban en pos del habitual botín, recorriendo con lentitud los siete kilómetros de la zona de prostitución más larga y pintoresca del continente (...) Ayer se lo comenté [Rubén] a Chico, el hermano de Pancho, el que se mudó para Malecón y 90 (...) Compadre, ¿cómo me vas a decir que esa dirección no existe, si allí vive la mitad de este país ? Te paras frente al Malecón y caminas 90 millas pa'l norte (...) - ¡Negra, busca a los niños ! - ¡Chico ! ¡Abrieron el Malecón ! Es una metáfora, por supuesto. El Malecón nunca ha estado cerrado. Claudia comprende en seguida que se refiere a otro tipo de apertura (CHAVIANO, 1998, p. 161,192,309).

Al lado de las plazas, calles, callejuelas de una Habana que Claudia suele recorrer para visitar a amigos o arreglar asuntos está otra Habana. Claudia descubre las calles y las plazas de esta otra capital escondida gracias a Muba, una negra esclava muerta hace más de doscientos años. En la novela sólo la ven Ursula y Claudia. Esta conoce la Habana del pasado gracias a los poderes de Muba:

Claudia se adentró en el laberinto de calles de su ciudad, leyendo en cada esquina esos nombres legados por centurias anteriores (...) Lamparilla sería la primera callejuela iluminada por cientos de faroles (...) Eso era, había ocurrido de nuevo : estaba en La Habana, doscientos y tantos años atrás. - ¿Qué es todo ese humo ? - Yigó la hora de lo mameye. Claudia tardó unos segundos en entender lo que la negra le decía. Luego recordó que la frase - que seguían usando los cubanos de su época para referirse a la llegada de cualquier momento crucial - se remontaba al siglo XVIII, más precisamente a 1762, cuando los

ingleses tomaron la ciudad durante unos meses (CHAVIANO, 1998, p. 64,247).

La verdadera vida es la vida soñada, Claudia parece colocarse a distancia de lo “real” y trata de encontrar un refugio contra los ataques y mentiras oficiales del mundo exterior en el sueño, el ensueño que sólo son capaces de ofrecer una satisfacción imaginaria a sus deseos:

Desde la esquina [a Claudia] le llegó el ruido de un trote. El quitrín se deslizó como una grácil embarcación sobre la tierra, húmeda, tirado por un caballo que era cabalgado por un negro imponente de casaca oscura, pantalón blanco, sombrero de copa y botines charolados. Dentro del carruaje, entre sus dos gigantescas ruedas, tres muchachas regordetas agitaban sus abanicos y parloteaban sin cesar, al parecer dando órdenes al calesero (CHAVIANO, 1998, p. 143).

Esos personajes sacados del pasado con su ambiente corren parejos en *El hombre, la hembra y el hambre*, con otro tiempo, regresivo. No faltan en esta novela hechos que pasaron en el siglo XVIII. Conocido como siglo de las luces, no aportaron más que oscuridad a América Latina en aquella época. Quizá por eso la haya escogido la narradora en sus referencias: “Y a pesar del frescor de aquella noche de enero – porque ya no dudó que revivía un Día de Reyes del siglo añorado por Carpentier – sintió que el espíritu de la bacanal despertaba en ella [Claudia]” (CHAVIANO, 1998, p. 198).

La acción de *El hombre, la hembra y el hambre* se sitúa en torno a los años 1980/1990: “El gobierno.... abría una válvula de escape y hacía la vista gorda para que escaparan unos cuantos, como ocurrió en los ochenta con el éxodo del Mariel” (CHAVIANO, 1998, p. 305).

Muba y otro fantasma, el Indio (...) le permiten al lector ir hacia atrás en la historia de Cuba, presenciar el ataque de los ingleses

a La Habana en 1742 (...), la llegada de los españoles a Cuba (CHAVIANO, 1998, p. 222-225, 246-247).

El tiempo de la historia tarda dos o tres años, si nos atenemos a lo apostillado por Gilberto:

Pero cuando yo trataba de preguntarle [a Claudia] desaparecía la blandura y regresaba la otra. Para mí que esas sonseras tenían que ver con un tipo porque ella tiene un niño chiquito y nunca quiso hablarme del padre (...) ¡Sabe Dios! A lo mejor el tipo se suicidó o se fue del país. Pero era como si lo hubiera tragado la tierra, porque en el año que anduvimos juntos nunca dió señales de vida, y ella - me consta - tampoco lo buscó... (CHAVIANO, 1998, p. 32).

¿Qué papel desempeña Muba en la novela? Con su lenguaje peculiar, hecho de imperfecciones lexicales, deformaciones sintácticas y alteraciones del sistema pronominal, verbal, etc, le da consejos útiles a Claudia, la inicia en la historia pasada y oculta de La Habana y le anuncia buenas noticias. Otro personaje, Onolorio, un indio, desempeña el papel opuesto. Sólo le habla de noticias catastróficas. Es el quien le anuncia su futuro oficio de prostituta:

Ella [Claudia] estuvo a punto de ir al Registro de Direcciones, pero Muba le advirtió tajantemente que no lo hiciera. "Su mejor amigo é su peor enemigo", le dijo la negra en su antigua lengua de oráculos. A su regreso. Claudia le prometió a Rubén que lo haría otro día; pero el tiempo pasó y el traslado nunca llegó a efectuarse. Por suerte (...) Casi se desmayó [Claudia] al comprobar que su presentimiento era real. Allí estaban los papeles llenos de cuños y firmas para impedir la entrada a cualquier intruso. Sólo entonces recordó la aparición del Indio, unos días antes de que llegara el telegrama de Las Villas (...) -Yo no soy ninguna puta. El tipo se echó a reír. - Pero lo serás, mi reina (CHAVIANO, 1998, p. 117, 111, 122).

El lector de *El hombre, la hembra y el hambre* ha de estar atento ya que los signos lingüísticos en esta obra son ambivalentes

y entre palabras y sentidos suelen surgir intersticios favorables a distintos géneros de juegos como los que permiten la ironía, la parodia, etc. Eufemismos, lítotes abundan en *El hombre, la hembra y el hambre* para desvelar y tapar una lacra vergonzante: la prostitución, hija del hambre, también generadora de un sinnúmero de palabras, expresiones, tanto más extrañas cuanto que sólo las entienden los cubanos que se autoburlan de sí mismos al forjar vocablos que hablan de un mal que tratan de exorcizar así. Los extranjeros hablan de los “bondades” de un turismo dañino para las cubanas y los cubanos dan nombres curiosos a platos de valor nutritivo dudoso:

Venían a Cuba porque habían oído hablar de las bondades de su turismo: - ¿Qué quieres decir con eso de las bondades del turismo - el tono de la Mora abrió una brecha helada en la tarde. Sissi intervino, asustada por la pregunta de su amiga. (...) La frase picadillo extendido y aquí Claudia adoptó el tono catedrático apropiado - debía entenderse como un aporte del socialismo caribeño a las corrientes poéticas del siglo XX. En otras palabras, el picadillo extendido en realidad estaba “recortado”. Lo que antes era una libra de picadillo normal, ahora solo tenía un poquito de carne verdadera y mucho de extrañas sustancias molidas, como huesos, cartílagos y otras aún sin clasificar (CHAVIANO, 1998, p. 146,119).

Estamos en plena irrisión paródica, acentuada por mayúsculas, que dan una dimensión casi visual a lo evocado cuando el mismo plato recibe el nombre de OCNI: “De ahí el nombre científico con que los nativos habían bautizado ese hallazgo culinario: OCNI (Objeto Comestible No Identificado)” (CHAVIANO, 1998, p. 119).

Desfilan otras páginas irónicas y crueles cuando la narradora de *El hombre, la hembra y el hambre* anuncia un cuento de *Las mil y una noches* (CHAVIANO, 1998, p. 191). En vez de leer el cuento, el lector tiene derecho a un título que hace pensar más bien en un

ensayo, *Donde se revelan ciertos secretos culinarios*. Venga como ejemplo una de las recetas que se pueden descubrir:

Otro gran invento es el picadillo de cáscara de plátano. Aquí sale a relucir, una vez más, el genio del cubano, capaz de transformar los desechos de frutas tropicales en comida reciclable, loable empeño que, lamentablemente, aún no ha recibido el debido reconocimiento por parte de las organizaciones ecológicas mundiales (CHAVIANO, 1998, p. 102).

Al leer *El hombre, la hembra y el hambre*, uno tiene a veces el sentimiento de estar en un mundo que recuerda el de Cervantes (fantasía /realidad) o el del teatro barroco del siglo XVII. (Tirso de Molína, Calderón de la Barca). Cuando los personajes se equivocan sobre la identidad de sus compañeros o las palabras no remiten a lo que uno se representa, surgen confusiones que indican que en algún sitio o en algún momento, algo no funciona. En Cuba, por causa del hambre, ser carnicero significa tener poder:

En este país, ser carnicero es mejor que ser médico. Todo el mundo te respeta, te trata bien, se ofrece para resolverte cualquier problema, desde soldarte una tubería rota hasta conseguirte un turno para comer en La Torre. Saben que eres un tipo poderoso que tiene en sus manos el reparto de la carne, el oro de los pobres (CHAVIANO, 1998, p. 86).

Quien acaba de hablar es Gilberto. A fuerza de paciencia, consigue una relación amorosa con Claudia a quien conoce bajo el nombre de La Mora. Esta es Claudia para Rubén, padre de su hijo. Rubén y Gilberto tienen una conversación en que, sin saberlo, se refieren al mismo personaje:

- No hay nada que me ate a este sitio. Claudia ya no quiere nada conmigo. Además casi no puedo moverme sin que me vigilen. Conseguir un pedacito de cuero es una angustia. Tengo que hacer mis negocios sigilao. Esto no hay quien lo aguante.

(...) Sólo me quedaba La Mora, y ya ves : la historia de siempre. Te juro que si vuelvo a tropezarme con ella, la agarro por los moños y me la llevo a rastras como un cromañon (CHAVIANO, 1998, p. 285).

Todo se aclara al final de la novela cuando Rubén y Gilberto, sorprendidos, le proponen a una Claudia vacilante que escape de la isla con ellos:

- Esta es Claudia, la misma de la que te he hablado... Claudia, ¿ por qué no vienes con nosotros ? Solo nos vamos mi amigo y yo. - Baja la mirada y ve a David ; su voz suena a demayo -. ¿Te casaste ? Es una pesadilla. Ella no sabe qué decir, cómo explicarle. - ¿Qué estás diciendo ? - Gilberto deja el bote y se acerca a ambos - . Mora, dime que no es cierto lo que estoy pensando (CHAVIANO, 1998, p. 311).

La última “escena” de *El hombre, la hembra y el hambre*, el punto más alto del climax dramático, es digna del teatro barroco. El mismo personaje tiene dos identidades, una oficial, aceptada, otra, secreta y malvivida en el dolor y la angustia. Las prostitutas de nuestra novela se parecen a actrices, pero actrices desgraciadas que tienen a veces que jugar ante sí mismas una comedia que no les agrada y las hace sufrir:

Pero yo [Claudia] no quiero convertirme en otra Sissi que hasta el nombre ha tenido que cambiarse. Dice que es una protección, un disfraz común entre las de su oficio, una máscara como las que usaban las geishas, esas japonesas putas y sabias que vendían su cuerpo después de atiborrarse de cultura durante años (CHAVIANO, 1998, p.42).

Elena es el nombre de pila de Sissi. Ella se graduó en historia pero las circunstancias la obligan a vender su cuerpo. Se observa una especie de connivencia histórica entre el nombre Elena y el de

la protagonista de la novela. La Elena de la mitología estuvo al origen de la guerra de Troya. Sissi (¿la emperatriz de las prostitutas?) es la que persuade a Claudia de que “ir a cazar clientes” puede ser una solución para sacarse de los apuros del hambre:

Si acepté acompañarla fue solo para ver de cerca lo que podía ser esa vida, pero no quiero volver a intentarlo. No sé como puede acostarse con un tipo al que desprecia, porque eso me ha dicho mientras esparábamos a la entrada del cabaret... Pobre Sissi con su título de historiadora pudriéndose en una gaveta (CHAVIANO, 1998, p. 43).

A Claudia la molesta el oficio que desempeña al final. Aunque eche su máscara abajo tiene la impresión de que no se entrega a los hombres que la poseen por dinero. Parece desdoblarse como si no le perteneciera su cuerpo y hubiera un divorcio entre éste y su alma. Destierra entonces su auténtica identidad y aparece su doble invertido en que se siente inferiorizada y avergonzada:

Incluso a la mañana siguiente, cuando despertó y se halló desnuda en una habitación desconocida, no entendió lo que había ocurrido. Solo al ver los dólares junto a la mesa de noche, supo que se había convertido en otra Sissi (...) Fue a abrir la puerta, pero él la retuvo un segundo, comprimiéndola contra la pared mientras la besaba. Lo dejó hacer, como si aquel acto no tuviera relación con su cuerpo (...) - Hola reina - la saludó con alegría - Te presento a mi primo. Manolo, aquí está la Mora, mi gitana tropical. Así se había empeñado en llamarla. Dios, qué mal se sentía. Cada vez peor. No podía dejar de pensar que había quedado reducida al papel de mujercita que inspiraba una simpatía condescendiente. Ya no era Claudia, la licenciada en historia del arte, sino la Mora, una puta que se acostaba por jabones y libros (CHAVIANO, 1998, p. 148,149,230).

La narradora se las arregla para que Claudia se esconda detrás del nombre de la Mora. Solo cuando no hay otro remedio, la

protagonista pronuncia su nombre propio. La dualidad está presente en *El hombre, la hembra y el hambre*, a nivel de las identidades. Igual pasa cuando se trata de identificar las voces que llevan el relato hasta el lector. Ciertos personajes se pueden localizar fácilmente. Hay casos en que no. Llega un momento en que entre el “yo” y el “nosotros”, uno tiene la sensación de que instalase una suerte de identificación entre Claudia y la narradora que organiza el relato:

Esta isla se vende. Ni siquiera se subasta: se vende al por mayor... ¿Cómo se les ocurre que un sacerdote haría de su credo un espectáculo pagado en dólares ? Pero allá ellos si gozan con el engaño. Tal vez de eso se trate: de creerse a toda costa lo que le pongan a uno delante, sin cuestionarse mucho... ¿O estaré siendo injusta? (...) Por las venas de Cuba no corre sangre, sino fuego, melodioso fuego que derrite textura, y obstáculos, que impide la medida y, muchas veces, la reflexión. Pero así somos, y ése es nuestro mayor encanto y defecto: estamos hechos de música (CHAVIANO, 1998, p. 23,206-207).

Habíamos notado ya dos conjuntos en la repartición de la materia narrativa de *El hombre, la hembra y el hambre*. ¿Cómo entender esta distribución? A nuestro modo de ver, viven en la novela dos Claudias: una que no quiere prostituirse y otra que al final se va a hacer “jinetera”. Tenemos la sensación de que Claudia resiste a las llamadas de la sirena Elena entre el principio de la novela y la página 148 situada en el capítulo 8 (el último) de la 3^o parte, es decir casi en mitad del libro que está en la página 151. Ella misma afirma que es diferente de Sissi y no aprueba lo que hace su compañera. Su actitud virtuosa viene confirmada por Gilberto, que la acosa:

¡Putear o no putear ! He aquí el dilema. ¡Y pensar que íbamos a acabar con las lacras del viejo imperio! (...) Sigo buscando una salida del caos, la llegada a una tierra prometida. Persisto taurinamente, me aferro a la esperanza, a cualquier escape de

luz (...) ¡Y trabajo que me costó convencerla! A mi mujer, no, a la Mora. Al principio ni siquiera quería salir conmigo. Y cuando logré que me acompañara, sólo aceptó si eran lugares llenos de gente: un teatro, un parque, el Malecón. Pero siempre me dejaba con la palabra en la boca con cualquier pretexto: que si era tarde, que si el niño... (CHAVIANO, 1998, p. 123,133).

¿Por qué la narradora de *El hombre, la hembra y el hambre* escoge el nombre de la Mora para Claudia, ese personaje tan amante de libros de novelistas, ensayistas, artistas y poetas?

- Es la puta más rara que me he tropezao en la vida. - Es que no pide alhajas ni ropa ; sólo unas pelas de vez en cuando... y libros – le contaba a su invisible locutor -. Y mira qué libros : Kundera, Mújica Laínez, este tío peruano del Vargas... (CHAVIANO, 1998, p. 229,230).

La explicación viene dada por Sissi. La Mora es el nombre de un personaje de José Martí, el padre de la revolución cubana, un hombre de letras de fama universal. ¿No le espera a Claudia la suerte de la Mora ? Aquí conviene fijarse en la palabra arrepentimiento:

- Mucho gusto, me llamo... - Todas sus amigas le decimos Mora - la interrumpió Sissi - ¿No es muy romántico? Ellos quisieron saber de inmediato la razón del sobrenombre y Sissi les contó la historia del anillo perdido y les recitó el poema de Martí sobre la mora que había arrojado su perla al mar y que luego enloqueció de arrepentimiento (CHAVIANO, 1998, p. 144).

A Claudia la visitan en la novela tres seres sobrenaturales : Muba, la negra, un mulato achinado (CHAVIANO, 1998, p.42) y otro espectro que ella llama el Indio. Este le habla como Muba en un lenguaje en clave: “En el mar está el peligro, repitió el Indio en su lengua de muerto y volvió a señalar los navíos que ya se alejaban.

Pero Claudia interpretó la advertencia como algo muy distinto” (CHAVIANO, 1998, p. 229).

En efecto, las últimas páginas de la novela está anunciadas por el preludio, “ella no lo sabe pero su vida está a punto de cambiar... Así se acerca, inocente y perfumada, al único punto de la ciudad que hubiera debido evitar”(CHAVIANO, 1998, p. 11-12). Ese punto es el Malecón, lugar donde se ganan la vida las *jineteras* y por donde salen los que no desean permanecer en la Cuba de Fidel Castro y tienen la oportunidad de salir definitivamente de la isla. En los últimos renglones de la obra, Rubén y Gilberto invitan a Claudia a dejar su Isla atrás. Antes de esta propuesta, Claudia – la Mora - había tenido la oportunidad de casarse con un gallego y dejar la isla. Había vacilado por su apego a su país y todo lo que le ata a él: “¿Se casaba o no ? ¿Se iba o no se iba ? De nuevo Hamlet... O mejor Ofelia obsesiva: Si pico, me ensucio el pico, pensó como el gallito del cuento. Y si no pico, pierdo el granico. Si me quedo, seguiré en el fondo del pozo. Y si me voy” (CHAVIANO, 1998, p. 244).

Un cubano no debe abandonar su patria. Pero, ¿quién es cubano ? ¿Los que nacieron en la isla? ¿Los descendientes de españoles y criollos? Son cubanos quienes se sienten listos para derramar su sangre por la defensa de este pedacito de tierra. Entre quienes lo hicieron figuran negros y mulatos, los pelados, los abandonados, los que ocupaban los lugares más bajos en la escala social:

Recordó los rostros de los habitantes de Guanabacoa que habían salido a defender una fortaleza que no les pertenecía ; y los de los negros y mulatos, libertos o aún esclavos, machete en mano junto a los humildes guajiros ; todos ellos habían hecho más daño al enemigo que el entrenado ejército de la metrópolis (...) la patria ya no era el hogar de sus antepasados - españoles o africanos -, sino aquel suelo fértil y húmedo como sus costas eternamente abrazadas por las olas (CHAVIANO, 1998, p. 250).

Si se han comportado así negros y mulatos que en aquel entonces no contaban para nada, ¿cómo deberá comportarse una Claudia leída y responsable a pesar de las dificultades diarias que tiene que arrostrar? Claudia sabe que ni Muba ni el Indio dejarán la isla. Se entera de que lo que se gana no vale quizá lo que se pierde. Ello explica acaso sus vacilaciones. Las soluciones a los problemas suelen resultar parciales, no completas, de ahí, el desgarramiento de Claudia, quien no consigue escoger, aunque no escoger sea una elección al fin y al cabo. El que sale de la isla como el que se queda ahí pierde y gana algo. El que se va se lleva parte de la isla consigo a pesar de todo. Simbólicamente, las últimas líneas de *El hombre, la hembra y el hambre* son las siguientes:

Ante ella se alzan sus visiones: la inmensa muralla pétrea, el extinto esplendor de su ciudad, la historia de un convento al que sólo sobreviven sus campanas (...) y contempla el promisorio horizonte lleno de sueños que flotan a la deriva, sin saber qué hacer ahora con esa esperanza en forma de botecito que amenaza con hundirse en cualquier momento (CHAVIANO, 1998, p. 312).

Rubén, Claudia, Gilberto son muy críticos para con el régimen de Castro cuyas debilidades morales e ideológicas fustigan. Ponen de realce las penurias que azotan a la población cubana. Se burlan de sí mismos. Pero, ¿no se burla también la narradora de ellos en otro plano...? La escasez de productos alimenticios, la falta de pan son causas de preocupación para muchos pero es fuente extraordinaria de poder para unos pocos. Gilberto y Toño viven de manera holgada porque el disponer de la carne por la cual todos anhelan les permite conquistar a mujeres, conseguir dólares, corromper y sobornar quizás no a la misma escala pero sí de la misma manera que las autoridades cuyas conductas habituales denuncian:

Créeme, hermano, ser carnicero es toda una carrera. Desde que me metí en el negocio, las mujeres me persiguen como moscas (...) Yo sé que esas jevas me buscan por la cuota extra de carne y no por mi linda cara, pero ¿a mí qué me importa si yo no voy a casarme con ninguna? Me conseguí un socito que administra una diplo. Yo le compro en dólares la mercancía que luego revendo. Contraté a Cacha, la chivatona aquella del comité... (CHAVIANO, 1998, p. 33,239).

Viene un momento en que Claudía logra un empleo en una pizzería. Se muestra tan depredadora como los que la rodean. Ella pensaba en un momento dado que había que defender el bien público. Sissi, la compañera de Claudia, usa una expresión curiosa, hacer coordinaciones, para dar a entender que hay que tapar la boca de ciertos empleados de los hoteles en que ella trabaja para que la dejen ir, subir, bajar a su antojo sin que la molesten. En este universo perverso en que las víctimas sobornan y roban igual que los verdugos, ¿cuál puede ser el alcance de ciertas críticas formuladas por personajes que se suelen quejar?

Lo encontró [trabajo] en una pizzería de su vecindario : un lugar mugriento lleno de cucarachas y ratones como el resto de La Habana Vieja, pero un trabajo al fin y al cabo. No tardó una semana en enterarse de que allí también se robaba al por mayor... Ahora que todo el mundo traficaba en dólares, ella empezó a vender el queso a cambio de los billetes verdes. Sissi llegó al rato, después de “hacer algunas coordinaciones”, es decir, después de pasarle el diezmo en fulas al seguroso del hotel para que no las “echara palante”. Así habían podido entrar sin ser molestadas (CHAVIANO, 1998, p. 300-230).

Usan y abusan los personajes de *El hombre, la hembra y el hambre* de tejemanajes porque consideran que en la isla (“la verdadera vida está ausente”), como decía Rimbaud. No aparece el nombre de este poeta en la novela de Daína Chaviano pero se leen en la misma los de poetas cubanos como Nicolás Guillén, José

Martí, y extranjeros como Homero, García Lorca, Shakespeare, etc. (CHAVIANO, 1998, p. 219,69,100,235). Hasta parece resucitar la narradora de *El hombre, la hembra y el hambre* la figura prestigiosa de José Martí para que vea qué ha sido de la dignidad de la mujer cubana:

¡Qué lejos se encuentra su espíritu del ánimo con que escribiera :
' y para el cruel que me arranca el corazón con que vive, cardo
ni oruga cultivo : cultivo una rosa blanca...' Ahora comprende
que no vale la pena malgastar la dádiva de una flor en quien
permite que se pisotee a la más delicada de todas (CHAVIANO,
1998, p.157).

Todo es poesía e intertextualidad en *El hombre, la hembra y el hambre* cuyo título encierra una paranomasia intencionada. Si se analiza la configuración estructural de la novela, se nota la existencia de una ordenación regular, regulada y definida (2 partes) que se distribuye en núcleos narrativos iguales en número (8) y culminados (¿rimados?) por elementos análogos (8 ensayos) que ejercen la función de cierre. La repetición de los mismos esquemas da un ritmo, una suerte de melodía que hace pensar en la música. La armonía que dimana de la composición de elementos de equilibrada proporcionalidad revela, el carácter elaborado, artístico, poético de *El hombre, la hembra y el hambre*. La línea divisoria que es el interludio, suerte de pausa interna, separa dos subgrupos melódicos y convierte los dos componentes de la novela en segmentos, iguales de ritmo autónomo y paralelo.

El texto ofrece un sin número de oportunidades para juegos de recursos poéticos: simetrías, paralelismos, anáforas que le permiten por ejemplo a un personaje poner el grito en el cielo y echar a los cuatro vientos todo lo que le falta de manera tan acuciante. La repetición desvela el carácter obsesivo de las vivencias que van del deseo de viajes al de comprar libros y que agobian a quien suelta las riendas de los anhelos comprimidos: Si todo cambiara, podría tener mi casa (...) Si todo cambiara, podría poner

un negocio (...) Si todo cambiara, compraría cada libro que me he tenido que leer a escondidas... (CHAVIANO, 1998, p. 94-95).

Las repeticiones líricas, usadas de manera continua o discontinua generan emoción sobre todo cuando la narradora saca sus metáforas de versículos de la Biblia, libro que le inspira a la autora de *El hombre, la hembra y el hambre*, manantial de bellezas verbales que brotan de situaciones acongojantes. Se insinúa al mismo tiempo una apología irónica de la ideología marxista:

Así comienza nuestro génesis: En el principio fue el Hambre, y su Espíritu se deslizó sobre la superficie de los campos devastados y fue el año treinta y cinco Su advenimiento Bienaventurados Marx y compañía porque – gracias a ellos – nuestro será el reino de los cielos (CHAVIANO, 1998, p. 41,54).

Daína Chaviano se las arregla para que dialoguen entre sí varios textos, el suyo y el de otros. Cita, imita, comenta, glosa frases, ideas, versos, fragmentos de textos que revelan la distancia que media entre las ideas pregonadas por las autoridades cubanas y las vivencias de los personajes de su novela. Se roza la ferocidad cuando se citan versos de Nicolás Guillén (1920-1972), poeta oficial, conocido y reconocido defensor de la revolución cubana. La narradora se adueña de las palabras de Guillén para darles un sentido muy distinto:

Tengo, vamos a ver, tengo lo que tenía que tener. Estuvo a punto de gritar : Guillén, me cago en su madre. Después lo pensó mejor. A lo mejor el viejo nunca imaginó lo que vendría después ; en verdad nadie había podido imaginarlo. Hasta su maldito poema estaba prohibido ahora por subversivo (CHAVIANO, 1998, p. 289).

En el corazón de *El hombre, la hembra y el hambre* late la poesía. Es casi palpable el gusto sensual de la narradora por las palabras, sus sonidos, sus sentidos, todo lo que sugieren o recuerdan.

Cuando Muba se sumerge con Claudia en las entretelas del ayer, leemos páginas de hondo lirismo en que el ensueño recrea paisajes, calles, plazas huérfanas, de quien los quería y hace soñar a quienes lo ignoraban todo de un pasado que nace de la fuerza de las palabras. Un proceso de renacimiento mágico se va dando paulatinamente ante un lector atónito. Se traban los vocablos, pasado y presente convergen y se funden ensanchando límites físicos y barreras temporales. Resucita el pasado con sus escenas, olores, colores y personajes:

Claudia vio el hervidero de quitrines, paseantes, carretillas, vendedores ambulantes, calesas... El bullicio no tenía nada que envidiarle al de las calles de su propia Habana llena de bicicletas, peatones y vehículos motorizados que ensuciaban el ambiente con sus escapes tóxicos. Pero aquel de la colonia era un aire fresco que olía a mamoncillos y a plátanos, a cebollinos y a culantro, a mangos y a piñas, pregonados por los verduleros desde sus carretones (CHAVIANO, 1998, p. 273).

Conclusión

Daína Chaviano no forma parte de quienes creen que la Historia absolverá a Fidel Castro y su régimen. Su novela *El hombre, la hembra y el hambre* es un lamento, un ataque duro, frontal, contra los responsables de la revolución cubana de 1959. Pone de relieve las consecuencias negativas del cambio de poder gracias a la ironía, el sarcasmo, la parodia, etc. En su novela, sueña, medita y denuncia. La presencia en su narración de una escritura poética y de trozos que se parecen a ensayos nos indica que combina artes literarias simultáneas y distintas en el marco libre que le ofrece la página en blanco. La poesía y el ensayo están al servicio de una escritura que instaura entre el texto y su creadora una distancia crítica e irónica que permite acrecentar la autonomía de la obra al mismo tiempo que perfila de manera inconfundible el estilo de la autora.

Bibliografía

- BALBÍN, Rafael de. *Sistema de rítmica castellana*. Madrid: Gredos, 1975.
- CHAVIANO, Daína. *El hombre, la hembra y el hambre*. Barcelona: Planeta, 1998.
- KUNDERA, Milan. *La vie est ailleurs*. Paris: Gallimard, 1973.
- _____. *La plaisanterie*. Paris: Gallimard, 1985.
- LÓPEZ ESTRADA, Francisco de. *Métrica española del S. XX*. Madrid: Gredos, 1969.
- SARAMAGO, José. *Levantado del suelo*. Madrid: Punto de lectura, 2002.